

voluntario, cuyo ejemplo más destacable es Wikipedia. En los últimos párrafos se explica brevemente el futuro de las bibliotecas digitales, y el surgimiento de las aplicaciones de ofimática que ofrecen actualmente los principales motores de búsqueda. La reflexión final de los autores es interesante y provocativa: no podemos predecir cómo van a evolucionar los motores de búsqueda, de cuyo desarrollo trató el libro a través de sus capítulos, pero una cosa es cierta: ya no apuntan solo a las búsquedas, van a cambiar la forma misma en que trabajamos y actuamos.

OLGA M. ARIAS
Biblioteca Luis F. Leloir
Facultad de Ciencias Exactas y Naturales – UBA

Historia de la lectura y la escritura en el mundo occidental / Martins Lyons.
Buenos Aires: Editoras del Calderón, 2012. 432 p. (Colección Scripta manent).
ISBN 978-987-24602-2-8.

Este interesante libro de Lyons en la estética y cómoda edición de Editoras del Calderón, es una obra imprescindible para introducirse en el conocimiento y la discusión de la historia de la lectura, del libro y de la escritura. El mismo autor aclara que la historia de la lectura tendrá más espacio e interpretación que la de la escritura. Quizás esto se deba a que algunos momentos históricos tienen más interés en la lectura que otros o “porque refleja simplemente el estado actual de las investigaciones académicas”.

Este trabajado entrecruzamiento obliga a toda la investigación asociada, a volver sobre sus pasos y repensar la estrecha relación entre lectura y escritura casi como si de dos caras de una misma moneda textualizada se tratara. Ambas se relacionan en la demostración del autor de una manera íntima y directa, casi recíproca en plenitud comprensiva. La una encierra a la otra y cada cual se sustenta en el mismo sustrato cultural de legitimación e interpretación.

La mirada epistemológica e ideológica es contundentemente clara: “Todas las sociedades desde el antiguo Egipto han sido una “sociedad de la información”, en el sentido de que quienes controlan y restringen el acceso al conocimiento en cualquier sociedad controlan así un componente clave del poder. La relación entre conocimiento, cultura impresa y educación son los pilares de

su desarrollo a lo largo de toda la obra. Se abre también otro importante campo trabajado solapadamente por otros autores: los cambios entre la comunicación textual, lectores y escritores cómo se “vieron influenciados por los desarrollos tecnológicos, económicos, políticos y culturales que son fundamentales en la historia de occidente”.

Para el autor la historia de la lectura no se ocupa tan solo de responder a la pregunta sobre qué se leía, quién leía y cómo se leía en una sociedad determinada, sino también cómo esta sociedad otorga un significado a esos textos. Aquí es donde el autor quiere dejar su huella en lo que llama “el principio de autonomía del lector”, dándole a este una co-escritura del texto en su interpretación, siempre en el marco de lo que Bourdieu denomina “comunidad interpretativa”. Esta definición se aleja de las posiciones más culturalistas e estructuralistas en donde el lector es “moldeado” por el complejo editor y por las condiciones materiales de su existencia. Posición la de Lyons que equilibra la gran cantidad de opiniones y trabajos que a veces “fossilizan” al lector como mero reflejo de la estructura textual-capitalista.

Crítico de la obra de Febvre y Darnton en su excesivo economicismo y anacronismo respectivamente, Lyons valora el haber “destronado al autor de su papel de creador único”, quedando la trilogía que desarrollará en toda la obra: el texto físico, el medio circulante y el significado signado por el autor.

La escritura, por su parte, se entrelaza como la tinta que escribe el texto y funciona como mecanismo de imposición de un sistema económico y político pero también se esconde en la intimidad de lo privado, hasta lugares propios de lo vincular, lo afectivo y lo sensual.

Este recorrido del autor entre lo estructural y lo micro-histórico, es el espiralado camino que bordea los contornos de todos los aspectos de la vida, desde la Antigüedad hasta nuestros días, a partir de que el hombre comenzó la inquietante tarea de expresar desde el interior lo que el exterior estimulaba como condicionante.

El autor se propone demostrar en su obra cuatro objetivos. Por un lado, buscar y reconocer al autor para contextualizar su presencia. Seguidamente, encontrar los condicionamientos que lo envolvieron históricamente desde la deontología del poder. Por otra parte, situar el encuentro entre este lector y su autor. Por último, demostrar la democratización y la emancipación de los lectores frente a sus condicionamientos.

Cuatro son también para Lyons los momentos claves en la historia del libro y la lectura: la invención del códice en remplazo del rollo, la aparición de la lectura silenciosa, la invención de la imprenta, y la industrialización y el acceso masivo al libro.

Un último punto lo dedica a reflexionar sobre el tiempo presente dado por la digitalización del libro y el desarrollo con tendencias de infinitud de la red global informatizada.

Para el autor, el recorrido desde la Antigüedad hasta nuestros días marca un hecho de significación política: “La escritura fue sinónimo de poder”. Más aún, la escritura marcó la diferenciación entre las civilizaciones y los sectores en su interior (elites, clases, castas, etc.).

El Estado moderno se asocia con la escritura de manera directa en tanto adquiere legitimidad cuando se formaliza de manera textual y escrituralmente lo que se legitima desde el sistema de creencias. Podríamos forzar el pensamiento del autor para decir: la burocracia estatal *es* el expediente escrito. Leyes, registros, planillas, todo el mundo del papel escrito moldea al hombre y a la sociedad. Dejemos que al leer la obra nos veamos moldeados por ella.

Otro de los ejes del libro está centrado en la alfabetización como posibilidad de acceder a la lectura y la escritura, acciones restringidas a una minoría hasta la Edad Media y, entrando a la Modernidad, se amplía a los sectores populares durante el siglo XIX y XX.

El origen de la cultura oral ateniense y romana se extiende muy poco en el tiempo ya que todas las sociedades incorporan el escrito (texto y escritura) como el sustento de la palabra y del pensamiento. La memoria con pretensiones de fijar todo lo conocido pasa a recostarse en el escrito como soporte (“mentalidad archivológica”) hasta llegar a la memoria alejandrina de la red global que teoriza en su último capítulo.

Los tipos de lectura son analizados con detenimiento por el autor, desde la *scriptio continua* que se leía en voz alta (“el escritor escribía para crear sonido, y su misión estaba completa sólo cuando su texto era transformado en palabra hablada”) hasta la lectura silente, desde la lectura intensiva hasta la extensiva –que es criticada por Lyons.

Desde el pergamino del siglo I d. C, pasando por el rollo hasta el revolucionario códice entre los siglos II y IV d. C del que el autor analiza sus ventajas –la utilización de ambos lados del papel, el sostenimiento con una sola mano, colocación de índices, etc.– el libro aparece como el sustrato de la cultura y la civilización.

Como todas las obras de historia del libro y de la lectura, el tema de la aparición de la imprenta genera una discusión interesante pero, cuanto menos, a veces exagerada en la adjetivación de la misma, más que en detenerse a analizar los verdaderos cambios que produjo. En este caso la visión del autor es crítica en cuanto al excesivo carácter “revolucionario” del invento de Gutenberg. Aquí no podemos dejar de observar su relación con la dinámica del capitalismo que generó dos elementos sustanciales: la producción en serie y su masificación y la velocidad de impresión. Aspectos que el autor no menciona pero que constituyen, a nuestro criterio, el aporte más importante en la historia de la cultura impresa.

Un tema que introduce el autor y abre un camino complementario para entender la transmisión de las ideas al impreso está dado por la cantidad de folletos

y panfletos que jugaron un rol fundamental, incluso a veces superior al mismo libro. En este aspecto, Lyons recorre en profundidad los tiempos de la Reforma y la Revolución Francesa, donde la simpleza de un papel escrito contribuyó a un cambio de mentalidad de manera más directa que la lectura de los clásicos, disponible solamente a una elite intelectual.

Otro entrecruzamiento interesante que trabaja el autor es la relación del texto, la escritura y la lengua como diferenciación de la elite culta y depositaria del acceso a la literatura en el idioma de la época (lo fue el latín, luego el francés y actualmente el inglés). Demuestra cómo el idioma pasó de ser una barrera para la comunicación y la lectura de lo textual para transformarse en su plataforma de democratización circulante.

El autor critica la excesiva preocupación de los historiadores del libro por las fuentes registrales de los mismos, como si “el mejor lector es el que ha muerto”.

Es interesante como Lyons plantea el surgimiento de las bibliotecas o su desarrollo en razón de un ordenamiento de la producción literaria y una manera de jerarquización y prioridad en la forma de catalogar los textos según el paradigma de la época.

A lo largo del desarrollo de la obra, el autor analiza la relación entre cultura popular (o como la llama “la gente común”) y las diferentes clases dominantes de cada época (“oligoalfabetización”). Para el autor ni el estado absolutista, ni la Contrarreforma, ni el impulso racionalista de la Ilustración lograron “sofocar” a las clases populares en sus intentos de generar cultura y apropiarse de la textualidad, donde a veces la literatura “actuaba como un tranquilizador social de los pobres”.

De hecho esta literatura de las clases subalternas –como los cuentos de hadas– reflejaba las angustias de la época como la desnutrición y el hambre y la imaginación fascinante por el comer determinadas cosas inaccesibles para su clase.

Las cuestiones de género son analizadas por el autor a lo largo de todo el periodo estudiado en lo referido a tasa de alfabetización, diferentes formas de leer y los roles frente a la lectura en el hogar y la vida pública.

Por otra parte, el autor describe la diferencia en la alfabetización y las formas de apropiación de los textos en las grandes ciudades, los pequeños centros urbanos y el campo, mostrando cómo muchas veces la conexión entre ambos se genera por los escritos.

Una paradoja importante a considerar en el proceso de alfabetización es que esta produjo un temor en las clases dominante al considerar que las clases subalternas tendrían un acceso al conocimiento y podrían cuestionar el orden establecido, además de migrar a la ciudad y perder mano de obra en el campo. Pero, por otra parte, los sectores rurales no querían “entregar” a sus hijos a la

escolarización porque les significaba perder mano de obra familiar y esto se traducía en pérdidas de trabajo y rentabilidad.

El autor analiza brevemente el problema de la esclavitud y del color de la piel en relación con el acceso a la cultura impresa, introduciéndolos como un tema socialmente problematizado.

Un capítulo que merece la atención del lector y una profundización por parte del autor es el que se ocupa del período prerrevolucionario y el análisis de la Revolución misma y la intelectualidad. Aquí se plantea con certeza y claridad la necesidad historiográfica de apoyarse en la historia del libro y de la lectura a la hora de revelar la relación e influencia entre la Ilustración y los hechos de la revolución.

En este sentido analiza cómo una maquinaria formada por censores de libros e inspectores de librerías e imprentas constituía un verdadero aparato de control de lo escrito. Maquinaria que encuentra su plenitud en las vísperas de la Revolución. La Bastilla era un reservorio de libros confiscados y el cuarenta por ciento de los detenidos allí lo estaban por “delitos lectores o editoriales”

Esta facultad de censura del Absolutismo era compartida por el Parlamento de París y la Facultad de Teología de la Sorbona, donde vemos la legitimidad que tenía el aparato de represión textual.

Por otra parte, los impresores y editores se reunían en una selecta y exclusiva cámara sindical que tenía permanentes y aceitados vínculos con el poder real formando una incipiente burguesía lectora.

En la obra, no está completamente fundamentada la relación entre la Ilustración y la Monarquía en el sentido que “perteneían a la misma cultura política”. Aquí no se destaca con profundidad la diferencia entre editores del mercado del libro y sus relaciones con el poder, en tanto mantenimiento del negocio editorial, diferenciados de los intelectuales que, justamente, planteaban la deslegitimación del régimen monárquico.

Lo que es contundente es el concepto que aparece para designar a esa “comunidad crítica”: la opinión pública habermasiana era el “nuevo tribunal” que juzgaba a los gobiernos y generaba un espacio nuevo de interpretación de la realidad. Hasta tal punto penetraba este concepto que en la Francia de la época se la llamaba “República de las Letras”.

Una crítica interesante es la que hace el autor a la categorización de Engelsing sobre lectura intensiva y extensiva, en razón de que ambas formas convivieron simultáneamente y aparecieron una sobre la otra en períodos que se consideraban superados y en otras ocasiones ambas se encontraban en un mismo lector o lectores.

La “fiebre lectora” y la “revolución de los medios de comunicación entre fines del s. XVIII y principios del XIX, son analizados por el autor de una manera cualitativa y cuantitativa con rigurosidad. Aquí vemos que la intensidad y la extensión de la lectura se unen para dar lugar posteriormente a “la época

de la lectura de masas” y al nacimiento de una sociedad de consumo editorial incipiente que se cristaliza e “industrializa” en el período comprendido entre 1830 y la Primera Guerra Mundial.

Para Lyons, la Revolución de la información que genera la informática e internet y la digitalización del texto es superior a los otros saltos revolucionarios analizados pretéritamente.

De manera inteligente se pregunta Lyons que, más allá de la democratización y la masividad que produce la era digital, es más importante conocer en qué manos se concentran los medios de producción digitales.

Por otro lado, la manipulación del lector de la información en los soportes digitales, lo convierte en co-autor y le da acceso a un diálogo con las textualidades informáticas interactivas.

A su vez, el autor se preocupa por la posibilidad de que desaparezca la memoria digitalizada y que no exista un soporte en papel que sustente los miles de años de escritura. Por otra parte, podría transformarse en una nueva forma de discriminación al colocar de un lado a quienes tiene acceso a las computadoras o son propietarios de las mismas.

En cuanto a la desaparición del libro, las cifras del autor son contundentes para negarlo: el universo editorial crece de una manera exponencial en todo el mundo desarrollado (como así también el analfabetismo en el tercer mundo).

Por cierto, un final poco feliz cierra esta magnífica obra: “Es necesaria una coerción masiva y la participación de todas las sociedades, como sucedió en las campañas de alfabetización en la Rusia estalinista, la Vietnam comunista o la China posterior a 1949”. Faltó preguntarse, simplemente, a que costo se logró lo mencionado.

Obra en fin, llana y profunda para el público en general y erudita para los estudiosos de la materia. Imprescindible para los historiadores de la cultura impresa, la historia del libro y de la lectura y absolutamente complementaria para entender el desarrollo del pensamiento y su relación con el escrito.

JUAN PABLO LAPORTE
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires